

Cultura, tradición, modernidad

SOCORRO GIRON

(Ponencia leída en ocasión del Congreso LENGUA, CULTURA, EDUCACION, en la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Mayagüez, en la mañana del sábado 25 de enero de 1975)

Escogí el tema CULTURA, TRADICION, MODERNIDAD, a sabiendas de que la mayor parte de los que me escuchan saben mucho mejor que yo lo que esos tres vocablos significan. Pero... soy maestra y no pude resistir la tentación de la cátedra. A los doctos que me escuchan les suplico que sean tolerantes y me permitan hacerme la ilusión de que hablo a mis discípulos. Sé que más de uno me está escuchando.

Mucho se habla de cultura como de algo oculto o muy elevado, algo tan y tan alto que es muy difícil alcanzar.

CULTURA viene del latín "cultus", que quiere decir acción de cultivar o practicar algo. La cultura es lo cultivado por los pueblos, lo cuidado, lo practicado, lo honrado. La cultura es un resultado, es lo que somos, querámoslo o no. Un hombre culto es otra cosa; es hombre o mujer que se ha cultivado. Cultura es nombre, culto es adjetivo.

Todo país tiene cultura como toda persona tiene personalidad.

Si Ortega dijo, pensando en el individuo: "Yo soy yo y mi circunstancia", podríamos decir que la cultura de un país depende de las circunstancias que manejan dos señoras a las cuales es imposible vencer: la *Geografía* y la *Historia*. Esas señoras, nacidas mucho antes del Año Internacional de la Mujer, son las responsables de la cultura de un país. Y ahora que digo *Historia*, recuerdo que alguien dijo que la Historia la hacen los *hombres*, pero a los *hombres* los hacen las mujeres. Subrayo el vocablo *hombre*. Favor de no confundirlo con "macho". Muchas veces, por muy "macho" que sea un individuo jamás llega a la categoría de *hombre*. Así también ocurre que, por muy *fémica* que sea una "hembra" jamás alcanza la categoría de *mujer*.

Un individuo culto es uno (hombre o mujer) que se cultiva, pero, por más que se haya cultivado, no podrá negar la cultura de su país o del país en que se hizo, la leche que mamó y la cuna en que se meció, o mejor, lo mecieron. Precisamente por ser docto, el sabio sabe que no puede ocultar o negar lo que es. Podrá ocultar su sabiduría, pero jamás su cultura.

Unamuno dijo que "la lengua es el espíritu de la raza". Ese espíritu es lo que une a muchos países de raíz hispánica: la lengua española. Esa lengua, ese espíritu, se acomodó a distintos ambientes en el Nuevo Mundo y la sangre española comenzó a correr por todas las venas de América mezclándose con la sangre indígena y muchas otras. Que Dios bendiga la "sangre de Hispania fecunda".

Todo puertorriqueño lleva un jíbaro en su alma así como todo cubano un guajiro, todo venezolano un llanero y todo argentino un gaucho. Al jíbaro y al guajiro los hizo el mar Caribe en su constante lamer de islas al ponerse el cinturón antillano. Al llanero lo hizo una llanura "del Arauca vibrador", como dice la canción "Alma Llanera" y el gaucho una pampa argentina. Y, así somos los hispanos, a la manera del castellano forjado en la meseta castellana. Ese apego a la tierra es "la marca hispánica", es la tradición.

TRADICION, del latín "tradere", quiere decir "entrega". Es lo que nuestros mayores, nuestros antepasados, nos entregaron. Tradición que perdura es costumbre, y no hay ley más poderosa que la ley de la costumbre. Las tradiciones pueden hacerse parte de la cultura de un país o pueden perderse. Por eso, los países que no

quieren perder su identidad honran sus tradiciones. Lo tradicional es lo que pasa de una generación a otra; es la costumbre de los pueblos.

Hay tradiciones particulares que jamás pasarán a ser parte de la cultura de un pueblo. Por ejemplo: los homenajes, las graduaciones, los discursos de graduación y los desfiles académicos, porque éstas son costumbres que afectan a minorías pero no a todo el mundo. Hay otras tradiciones populares que acaban por perderse, como por ejemplo, en Puerto Rico, las Fiestas de Cruz, el castigo y persecución de Judas (la fiesta de Júa) el Sábado de Gloria, el carnaval y sus máscaras pueblerinas que hoy son un desfile de carrozas de anuncios comerciales o agencias gubernamentales. Ya no puede existir el "adiós a la carne", (del latín "carne vale") para comenzar la Cuaresma que prepara para la Semana Santa porque ya todo el año es carnaval. Vamos perdiendo la sensibilidad. Vivimos los atrasos del progreso.

El sentimiento de "Alma Mater" (madre de mi alma) va desapareciendo. Vivimos la época supersónica y de control remoto en que el fuego lento del hogar y de la escuela está pasando de moda.

La MODERNIDAD es lo de ahora, es la moda, es el modo de hoy. La televisión es la gran "educadora" de hoy. EDUCACION, del latín "educare" quiere decir "conducir", "sacar afuera", "criar". El locutor, animador, actor, maestro, que dice "enchufar" por enchufar, "destornudar" por estornudar, "empendible" por imperdible, José Martí por José Martí y la "Universidad de la Soborna" por la Sorbona, así como el que dice "estudiantes de ambos sexos" sin saber que está hablando de hermafroditas cuando lo que quiere decir es "individuos o estudiantes de uno u otro sexo", son algo así como las cotorras de que nos habló el doctor Arturo Morales Carrión en sus palabras del domingo pasado en la sesión inaugural de este Congreso. Tenía razón el escritor español Francisco de Cossío cuando dijo que "no hay peor alfabeto que el que sabe leer y escribir".

Al pedagogo, al maestro de hoy, se le hace más difícil cada día su labor pues no puede educar, ni siquiera instruir (del latín "instigare", que vale decir "instigar", "estimular"), con la com-

petencia de “educadores” como los señalados en el párrafo anterior.

Dijo Gregorio Marañón Posadillo que el único edificio que se comienza a construir por arriba es el de la educación. Hay que empezar por hacer buenos educadores que sepan “conducir”, que sepan “criar”, que sepan “sacar afuera” lo mejor de cada uno de sus educandos.

El uruguayo José Enrique Rodó dijo que “hay que renovarse o morir”. Es muy cierto. Renovarse o morir, pero jamás matar el pasado, pues es sobre estos cimientos que se construye lo de hoy. Tampoco debemos creer que “lo moderno” es lo último, lo sin igual. Fácilmente podemos caer en el error de los “modernistas” de fines de siglo pasado y comienzos del presente. Creyeron ser poseedores de “lo último” olvidando que el mundo sigue, que la vida sigue y que aquello que se llamó modernismo, hoy es anticuado y que el hoy será el ayer de mañana. El que no llega a viejo es porque se muere joven —como diría Pero Grullo— y al joven de hoy le pasará lo que al modernismo, que con todos sus “nenúfares” y sus “clépsidas” pasó, como todo pasa, y que cada hoy, cada quien, cada moda fugaz pasará a su nicho.

Algo de hoy puede pasar a ser tradición pero difícilmente a la cultura. A principios de este siglo se puso de moda en Puerto Rico el enviar tarjetas por correo y por cualquier motivo. A menudo sin ningún motivo aparente. Muchas veces el saludo era en verso y la enviaba el vecino o cumpueblano. El envío de tarjetas por correo era costumbre muy gustada por los jóvenes de la época y así saludar, muchas veces todos los días, a sus amigas o novias. Ya no existe la moda de las tarjetas a la manera de principios de siglo.

En Ponce, Puerto Rico, el 31 de octubre de 1904, un joven de veintiséis años envió a una señorita ponceña* una tarjeta postal con una vista del lado este de la Plaza de las Delicias en Ponce. En la parte superior de la tarjeta escribió estos versos:

*Hay fulgores de triunfo en tu mirada
y hacia la luz de tu pupila amante,*

* Srta. María Celia Pérez.

*vuela el verso, de goces anhelante
como una mariposa enamorada.*

Firmó los versos Augusto Malaret. Otra tarjeta, con una vista de la Plaza de las Delicias en Ponce fue enviada por el mismo joven a la misma señorita en el mismo día con estos versos:

*¡Quién pudiera vivir eternamente
bajo el calor de tu pupila hebrea!
¡De la mirada el sol resplandeciente
las glorias forja y los ensueños crea!*

Malaret echó las tarjetas al correo el 2 de noviembre, dos días después de haberlas escrito.

Augusto Malaret nació en Sabana Grande, Puerto Rico, en 1878. Murió en San Juan el 24 de febrero de 1967. El 13 de enero de 1967 escribió su última carta. El día primero de mayo de ese mismo año (1967), la viuda de Malaret, doña Mercedes Massari, me escribió una carta que dice, en parte, así:

“Mi esposo le envió en la última Navidad una tarjeta saludándola en el Nuevo Año simplemente dirigida a Ponce. Más tarde le envió otra a su apartado que supimos casualmente por una carta que escribió usted al periódico *El Mundo*. Supusimos que se perdieron ambas. Yo lo lamento, porque fue ésa su última firma, y por un deseo sentimental, que usted comprenderá, pensé pedirle el gran favor de devolvérmela.”

Aquí está la última carta de Malaret que nunca contesté. No estaba en Puerto Rico cuando él la envió y cuando regresé ya él había muerto. Tampoco devolví la carta a la viuda. Aquí está. El cuerpo de la carta fue dictado por don Augusto a su esposa. El la firmó. Cualquiera se conmueve al comparar la firma de Malaret en octubre de 1904 —letra con trazos firmes, seguros— con la temblorosa letra en su firma de enero de 1967. Se nota en su último escrito que la muerte rondaba.

¿No les parece coincidencia que sea yo la última ponente en este Congreso? Es pura coincidencia, créanlo. No fue pla-

neado así. Nadie sabía, hasta ahora, que poseo estos documentos.*
Para no caer en el pecado del locutor-cotorra que mucho habla y poco o nada dice, me retiro, no sin antes dar las gracias a todos por la tolerancia de escucharme, gracias a todos los hermanos de América que nos visitan, y muy en especial a la delegación argentina, ese grupo de gauchos que en este Congreso nos han hecho sentir baqueanos.

* Los documentos fueron donados en esa ocasión al *Instituto de Lexicografía Augusto Malaret*.